

¿Política cristiana?

— Leo el inteligente prólogo de J. L. Aranguren al libro de Jesús Aguirre «Sermones en España» (1), y, de primera intención, me quedo perplejo cuando dice Aranguren que este libro no es un libro de sermones políticos ni podría serlo.

Y sin embargo, a pesar de esta perplejidad, cuando se fija uno bien, no cabe la menor duda de que no se trata de sermones políticos en el sentido normal de la palabra ni tampoco lo son en un sentido mucho más profundo.

En el sentido normal del vocablo no son sermones políticos porque no hacen política de grupo, a la cual la Iglesia hasta ahora había sido alérgica, al menos en teoría, ya que en la práctica la estructura eclesial se movió demasiadas veces durante su larga historia en una política de conservación. Ahora muchos eclesialistas —frecuentemente sin razón— son considerados como fautores de política de grupo, aunque lo que se quiere decir es política de sector, del sector progresista, y esto molesta a los superconservadores.

Pero ni aun en este sentido se puede afirmar, en rigor, que los sermones de Aguirre sean políticos.

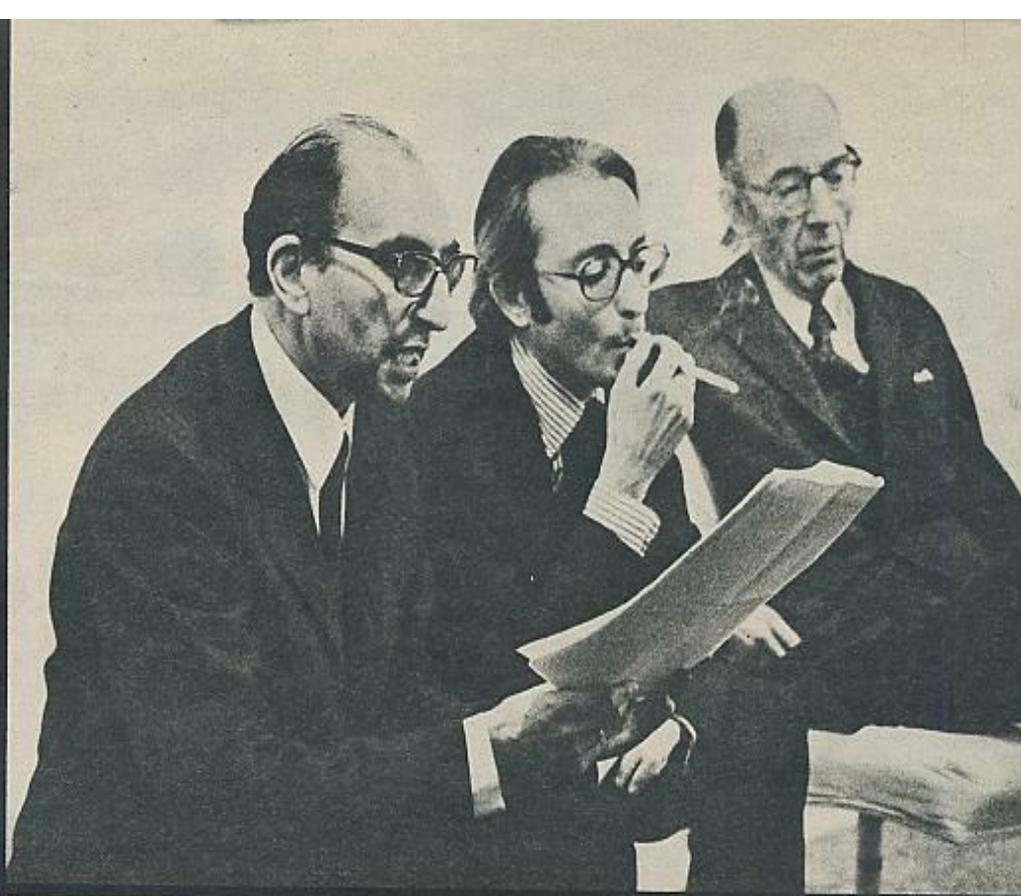
Nadie crea, no obstante, que se pueda en una especie de tibia término medio, como han acostumbrado los eclesialistas moderados y sesudos de cualquier país católico. Porque su punto de vista es mucho más profundo de lo que a primera vista pueda parecer.

Tampoco están más o menos sutilmente evadidos de España estos sermones, porque están totalmente «en España». Lo que ocurre es que son sermones cristianos y no discursos religiosos de una religión cualquiera.

El cristianismo resulta siempre una compleja paradoja porque, por un lado, es vida y por el otro es algo trascendente. El cristianismo, al ser trascendencia, se diferencia de las demás religiones existentes porque no es nunca ni evasión ni —por el contrario— truco mágico para dominar al mundo. O, al menos, el cristianismo pretende teóricamente no ser ninguna de estas dos cosas. Y en aquellos que de verdad sean cristianos no puede llegar a ser nunca ni una evasión del mundo español ni —en el otro extremo— un truco mágico dominador de las cosas de esta tierra.

Al ser el cristianismo trascendente, tiene una trascendencia «sui géneris»: una trascendencia encarnada siempre en las cosas terrenas. Como trascendencia es siempre un «más allá» en todo, lo mismo sea persona que cosas; pero este «más allá» no es un ideal idealista, sino una tendencia dinámica que empuja al hombre cristiano hacia todo lo que es positivo, resumido en la palabra «resurrección». Palabra cristiana clave que muchas veces es malentendida, y que con ella se quiere expresar lo más específico y significativo del cristianismo, que siempre debe predicar la «resurrección del hombre» y no una inmortalidad sólo del alma ni tampoco una resurrección más o menos fantasmal. Se trata de una resurrección encarnada ya en esta tierra y comenzando a partir de lo que estamos realizando constructivamente en este mundo que sea a favor de la

(1) Jesús Aguirre, «Sermones en España». Cudernos para el diálogo.



Enrique Miret Magdalena, Jesús Aguirre y José Luis L. Aranguren.

SERMONEAR EN ESPAÑA

libertad, la convivencia y el desarrollo humanos.

El dinamismo de lo cristiano es un dinamismo hacia el fondo y hacia delante que le es imposible concretar en simples formulaciones o en programas sociales o políticos, porque no es nada más que tendencia vital, en mi opinión.

¿Quiere esto decir que el cristianismo se desentiende de lo social? No; porque el cristianismo es cosa del hombre y para el hombre, y, por lo tanto, no puede menos de producir una impronta social. Esta impronta social —desde el punto de vista del predicador— es fundamentalmente «denuncia». Denuncia de todas las cosas que no son plenas, como ya hicieron hace muchos siglos los profetas del Antiguo Testamento y Cristo, el profeta por excelencia.

Esta denuncia es sobre todo vital, y todo lo demás debe ser consecuencia y expresión de ello: se llame doctrina religiosa, doctrina moral o doctrina social católica. Sin embargo, la doctrina social católica apenas es doctrina porque carece de la estructura propia de una doctrina. Diría más, que en el cristianismo propiamente no hay «doctrina»; a lo más lo que hay son diversas «doctrinas» sobre la fe. Lo moral y

lo social son sobre todo de otro ámbito, el civil.

Al mirar el cristiano lo trascendente como algo complejo que está encarnado en la vida debe recordar también que él no por ser cristiano deja de ser persona y tener plena responsabilidad personal en lo que decide, por lo que nunca puede ser teleguiado por nadie en la impronta concreta que debe dar a toda la vida y, por tanto, a la sociedad.

Dice Aguirre muy bien que posiblemente estamos en la época del «pluralismo». Lo que quiere decir otra cosa muy distinta «de que haya muchas morales, muchas culturas, muchas políticas cristianas; sino más bien todo lo contrario: que no haya precisamente ninguna». Las «hechuras intramundanas» deben establecerlas, por eso, los cristianos «a título de propia responsabilidad», porque lo que la fe suministra «es de índole trascendente», y por lo tanto «negativa muchas veces, y a lo más mediatísima en la posibilidad de su expresión temporal».

Y por tanto al hablar de la «formulación religiosa» dice, con toda razón, que «debe llevar consigo, en su médula mejor, el germen de su desformulación».

Lo cual no quiere decir que el cris-

tianismo sea ni aséptico respecto a los problemas de este mundo ni que tenga que encontrarse necesariamente del lado conservador, porque al vida dinámica se halla «más cerca» a las intenciones progresivas que las retardatorias».

He dicho que el cristianismo, al tendencia hacia el «más allá», es tendencia hacia más adentro y más adelante, pero lo que no podremos hacer nunca es concretar esta tendencia a una doctrina única ni en un programa social específicamente cristiano.

Hacia el silencio sin mudez

leyendo el epílogo de Aguirre recordaba yo dos libros importantes: «Evangelio Interior», de Maurice Zundel, y «El Silencio de Dios», de F. mundo Panikker. Porque Aguirre, en muchas circunstancias, ha evolucionado desde una situación más «habladora» hasta llegar a una situación mayor «silencio», en la que casi caben ya los sermones. Pero silencio, como él muy bien dice, «no mudez, sino puesta a la escucha del protagonismo divino... de su fue indomable de inauguración». Sí, si cristianismo es esa dinámica que pienso, constantemente debe estar

crisiano en evolución y caminar adelante hacia cosas nuevas sin perjuicio alguno, porque la dinámica cristiana es «inaguración». La inconsecuencia más grande es que los cristianos de hecho no hemos dado casi nunca esta impresión de renovación, sino muchas veces nos hemos arrojado a todo lo conservador anquilosándonos en nuestras rutinas privadas o sociales.

Pero ahora, gracias al impulso del Concilio Vaticano II, hemos pasado en la Iglesia casi necesariamente de una época paralizada y paralizante a una época de transformación, que, por mucho desorden o desorientación que produzca en algunos, es una época mucho más cristiana al pretender ser más dinámica.

Karl Barth dice en su libro «Proclamación del Evangelio» que al predicar el cristiano «es importante ser lo que se es», y como el hombre es en el fondo algo dinámico e histórico, tiene que haber en él siempre una evolución de sus posturas si es coherente con su creencia vital.

En este proceso de transformación que estamos viviendo es el mundo el que le da la tónica que tiene, y en el mundo religioso si se está en contacto con una comunidad de creyentes o de hombres que tienen algo en común, aunque no lo sean, el cristiano será influido por ella en su actitud, ya que «el predicador que ama a su comunidad —como sigue diciendo Karl Barth— debe hacerse un cuerpo con ella... no puede ser un solitario divorciado de su comunidad». Y si las comunidades cambian a través de los años, el predicador sincero también cambia, porque vive en una perpetua interrelación con los hombres a los que se dirige, ya que «un sermón debe ser una interrelación, un discurso al hombre» (K. Barth, o. c.).

Este silencio, que vamos adquiriendo cada vez más los creyentes y que no es mudéz, sino adquisición de una conciencia más profunda del «silencio de Dios», resulta un silencio lleno de vida honda, inexpressable con palabras claras, como toda vida, y corresponde a esta deflación religiosa que hoy comienza en todo el mundo y también en nuestro mundo español. Deflación religiosa después de la engañosa inflación que vivimos sobre todo inmediatamente después del Concilio. Hoy, en cambio, lo religioso se hace cada vez más íntimo y más profundo, poniéndose en su sitio, como piensa Karl Rahner. Y los hombres que queremos ser cristianos hemos de comprender este nuevo «signo de los tiempos» que abre una nueva época: la época del silencio religioso significativo, que —por eso— no es mudéz. El tiempo de la predicación brillante como conoció nuestro clásico fray Alonso de Cabrera o la decadente de fray Gerundio de Campazas ha pasado definitivamente a la historia. El primer paso ha sido el pasar en la historia cristiana del sermón brillante al sermón decadente, y luego del sermón decadente al sermón monolítico, que hemos vivido hasta ahora. Actualmente se abre un nuevo sermón: el sermón dialogante como existía en los primeros siglos de la Iglesia, porque «hace tiempo que se perdió aquel uso frecuente en la Iglesia primitiva, por el que el público se atrevía a tomar la palabra para corroborar o protestar» (F. J. Arnold, Mensaje de Fe, Editorial Verbo Divino).

Y en este sermón dialogante —no siempre tranquilo para el cura—, inaugurado sobre todo en pequeñas comunidades cristianas de base, se consuma el final de lo que se ha solido llamar sermones.

Aguirre, en su evolución, que le conduce a esta postura nueva ante el sermón, siguió siempre el consejo de

Barth de que «no hay que atribuirse a sí mismo un papel ni revestirse de una manera espectacular ni disfrazarse con ornamentos... nada de comedias con un hábito copiado». Los hábitos copiados no fueron nunca su fuerte, porque nunca vivió mediatizado ni por la moda intelectual ni por la moda eclesiástica.

Más allá del progresismo.

—Yo le oí unas conferencias —que recientemente publicará en un libro— sobre el progresismo católico, con las que me identifiqué totalmente. Los dos —cada uno desde nuestro diferente estilo de vida y de pensamiento— hemos sido llamados progresistas católicos; pero yo creo que nada está más alejado de la verdad. No porque no seamos «avanzados», sino por todo lo contrario: porque los esquemas en que se basa el llamado progresismo católico —por mucha actualidad que parezcan tener— se encuentran atrasados, son de otras épocas y no de la nuestra. A mí me parece que su estructura —independientemente de la buena fe de sus mantenedores y de la lucha positiva que llevaron a cabo— es una estructura que, en su fondo, es la misma del conservadurismo religioso, y tenemos que liberarnos de ella sin rebozo ni autoengaños, no creyendo que el simple cambio de nombre o la postura más atractiva y movida del progresismo es ya por eso plenamente eficaz, porque el progresismo católico —a pesar de todo— tiene todavía una fuerte dosis de clericalismo, aunque este clericalismo sea de izquierda y a muchos atraiga, como es natural, mucho más que el clericalismo de derechas. Algunos nos hemos dado cuenta de ello cuando todavía parecía difícil que un creyente abierto se mostrase reticente con este atractivo último vestido adquirido por muchos católicos.

Tampoco se ha dejado convencer Aguirre —a diferencia de muchos creyentes de hoy— por las ingenuidades de la teología de la muerte de Dios o de la teología de la secularización. Y no por carencia de mente abierta, sino precisamente porque cala más hondo que mentes tan defraudantes de la teología de la secularización como el tan alabado en España Harvey Cox, un intuitivo de lo moderno sin profundidad ni capacidad intelectual honda. Aguirre es casi el anti-Cox, si se pudiera emplear este calificativo de factura tan negativa.

Sus planteamientos resultan, a pesar de la sencillez estructural del libro y de su lenguaje, independientes e inesperados casi siempre. Escuchándole, en conversación privada o en conferencia pública, y ahora en este su primer libro, los que queremos ser independientes nos encontramos en sintonía con él, porque pretendemos desligarnos de ataduras y prejuicios que han pesado sobre los creyentes españoles durante muchos siglos.

No nos gusta ya una elucubración simplemente brillante como hace muchas veces la decadente teología católica actual, que pretende el imposible de seguir dominando intelectualmente de alguna manera al mundo y al pensamiento actual. Ni tampoco nos gustan ya las concesiones vergonzantes a lo que se cree, sobre todo en los medios eclesiásticos, que es nuestro tiempo, tal como lo expresa la teología progresista de hoy. Queremos dar un paso más profundo. Nuestro mundo no es, a diferencia de lo que han dicho tantos eclesiásticos actuales, un mundo secular: es más bien un mundo-mundo, porque ha adquirido las características de autosuficiencia e independencia de ataduras religio-

sas como las que había en otros tiempos, sobre todo en nuestro país. La teología de la secularización o la teología de la secularización son el último invento ingenuamente sutil del clericalismo, de los últimos restos agonizantes de clericalismo, porque este mundo autónomo ya no acepta tales protecciones teológicas, por engañosamente progresistas que sean: nuestro mundo se ha independizado de verdad de tal tipo de lazos, casi por primera vez en su historia, porque ha comprendido que no le hacen falta para nada.

Y así, tanto el proteccionismo eclesiástico de lo mundanal como el proteccionismo civil de lo eclesiástico están ambos en vía definitiva de desaparición.

Todo esto que expreso aquí lo resume Aguirre diciendo que «el Dios de la resurrección es Dios de victoria sobre la derrota humana de la muerte... y más que «la muerte de Dios» sería la del hombre la que deja su gusto en esta predicación». Ya no podemos vivir de las elucubraciones norteamericanas sobre la muerte de Dios, sino de la realidad de la muerte del hombre en el mundo actual, que tiene dos vertientes contradictorias: la de la opresión, que debemos vencer con nuestra actitud cotidiana de profetas cristianos de un mundo más humano y más pleno, y la de ese silencio positivo y maduro, que no es mudéz, porque nos lleva a un nihilismo destructor de todo lo negativo que nos envolvía en nuestras creencias y en nuestras estructuras eclesiásticas para acceder penosamente a otro hombre nuevo. La fe lo que hace es ayudar a vivir la vida dinámica y transformadora de este mundo, pero «lo que me promete la fe no es mayor abundamiento de cultura —en el más pleno sentido de la palabra—, sino una transformación, cuyo costado intramundano tiene visos de disolvimiento».

Cristianismo maduro.

—Detrás de su pensamiento encuentro algo maduro, y no como en el catolicismo ocurre con muchos eclesiásticos modernos, que les sale por todas partes el infantilismo de una más o menos comedia reacción histórica, aunque adopte a veces la progresista postura de predicar la revolución, sin saber bien lo que sea ésta, ya que la mayoría la entienden equivocadamente como un simple cambio de personas, tras mucha palabrería ideológica de repetición. Con lo cual estos eclesiásticos, tan diferentes de Aguirre, no hacen gran cosa por la transformación social, porque no se dan cuenta de que ni siquiera han comenzado una transformación de las estructuras humanas y sociales de nuestro tiempo. Si muchos eclesiásticos se identifican ahora con este padre violentamente revolucionario de última hora —sea religioso o sea civil— lo hacen demasiadas veces como niños sin verdadera personalidad, porque carecen de ella al no haber «asesinado» psicológicamente la necesidad infantil de padre que llevan dentro de su inmadurez.

Para ser verdaderamente transformadora nuestra postura, y no infantilmente agresiva, hay que ir a la entraña de las estructuras del hombre creyente y de la sociedad de hoy. Si no se acude a esa doble entraña, todo se vuelve ineficaz, porque todo se repite, sólo que con vestidos engañosos que dan la sensación de novedad; pero se trata de una repetición neurótica racionalizada, como la que veía Freud muchas veces en el religioso. Lo que hace falta tomar en serio no es el progresismo, sino lo progresivo, y aplicar el escalpelo de la ciencia

social para desarrollar esto progresivo de una manera eficaz y sin más ingenuidades.

Nunca ha caído Aguirre en la manera de hablar demagógicamente simplista a propósito de la cuestión social ni en una ascética adolescente —como les ocurre a muchos en la Iglesia— a propósito del dinero o de la pobreza. Su vida —por otro lado— la ha centrado en la actividad editorial, concentrando su vida de hombre y de cristiano predicador en un cometido de estructura civil. Por eso opino yo que no está pensando inquietamente todos los días en su secularización —lo mismo en sentido canónico que en sentido teológico—, como la viven angustiosamente muchos eclesiásticos católicos.

Confieso que me siento a gusto con este libro, expresión clara de quién lo escribió, y que tiene sus defectos —¿quién no los tiene?—; pero que no es fácil verlos si se lee con espontaneidad, porque su sentido es diáfano y toca, aunque sea con brevedad, todos los temas a que aquí aludo. Con su «moderado» libro se bambolean siempre las estructuras de rutina y de conformismo, resultando mucho más progresivamente abierto que la palabra de tantos clérigos oficialmente progresistas.

No le calificaría de conciliar ni de posconciliar, como a mí tampoco me gusta nunca que me califiquen así. Le calificaría de sobreconciliar, porque los multitudinarios Concilios pienso que están ya superados en el futuro.

Hemos de aceptar el pluralismo en todos los sectores de la acción y del pensamiento humano (teológico, religioso y civil) como paso hacia una fase social más plenamente humana —y por ello más plenamente cristiana en el fondo—, que no dependa de esquemas, por muy conciliarios o posconciliarios que sean, sino de hombres que con su actitud, su pensamiento y su significativo silencio a veces quieran superar las estructuras estáticas de todo hombre y de toda sociedad, que son ataduras que impiden al ser humano un desarrollo espontáneamente creador, que es el desarrollo que más falta hace a los hombres de hoy. Al conseguir algún día el hombre ser profundamente espontáneo no podrá menos de ser social y libre, siempre y cuando la espontaneidad no esté inducida —como ocurre demasiadas veces en el mundo de hoy— por grupos de poder y de influencia social, económica, educativa o religiosa que fomentan el papanatismo de las «human relations» o —por el contrario— la engañosa sensación de libertad que proporciona la agresividad competitiva.

La gran ahoranza que muchos tenemos, la gran «utopía última» que nos alienta, sería esta de la radical y más profunda espontaneidad, que tan difícil resulta en la mal llamada civilización cristiana, porque se vive muchas veces una espontaneidad aparente, engañosamente satisfactoria, porque es inducida y presionada con habilidad.

Y para este mundo maduro que queremos, el sermonear ya no sirve, como ha comprendido el final de su obra, en el epílogo, el autor de este libro de sermones. Y como creo yo que será dudoso que haya el día de mañana templos, porque el templo quita intimidad y familiaridad a esa religión más recogida y recatada, pero no por eso menos dinámica, que es la única que veremos mañana en esta situación de dispersión y de pequeño grupo, de diáspora, como observaban y vislumbraban hace unos años que iba a producirse Karl Rahner, S. J. y E. Schillebeeckx, O. P. Diáspora, que comenzamos a vivir en todas las cosas y, sobre todo, en el desarrollo más personalista del cristianismo y de los cristianos. ■